

EL DUQUE DE RIVAS EN 500 PÁGINAS

Ángel María de Saavedra y Ramírez de Baquedano (1791-1865) nos es más conocido por su título que por sus apellidos. Fue, en efecto, III Duque de Rivas, con grandeza de España, y como Duque de Rivas ha pasado a las páginas de las historias de la literatura patria, donde se le concede la importancia debida como dramaturgo (ya saben, el autor de *Don Álvaro o la fuerza del sino*), pero tal vez no tanto como poeta, pese a ser uno de los más grandes, si no el máximo, versificador de nuestras letras románticas, un par de generaciones antes de que Bécquer inaugurase con sus *Rimas* póstumas (1871) la poesía española contemporánea.

Siempre he leído con gusto a Rivas, desde que en una crestomatía del lejano bachillerato me topé con su romance *Un castellano leal*, dedicado a aquel castizo y delirante Conde de Benavente que no tuvo más remedio que dar hospedaje en su palacio al Duque de Borbón, traidor a su nación francesa, por imposición del César Carlos, pero que no dudó en purificar por el fuego su mansión toledana cuando Borbón la abandonó. Un envoltijo demencial de honor y españolidad a machamartillo que nos impresionaba mucho a los chicos de entonces, tanto o más que la leyenda zorrillesca *A buen juez mejor testigo*, que también figuraba en todos los florilegios literarios que manejábamos en clase.

Cádiz 1812

Luego, allá por los años 70 del siglo pasado, volví a pasarme con el Duque de Rivas al preparar mi libro misceláneo *Floresta española de varia caballería* (1975), que incluía un capítulo sobre la gesta caballerescas de Suero de Quiñones en el puente de Hospital de Órbigo, a la que don Ángel dedicó un delicioso poema homónimo en octavas, *El paso honroso*, firmado en Cádiz en 1812, cuando nuestros próceres andaban ocupadísimos redactando la mitológica Constitución. Adoro las octavas de ese poema, que me recuerdan poderosamente las estrofas spenserianas que el descomunal John Keats desplegaría, pocos años después, en poemas

como *La víspera de Santa Inés*, de imborrable memoria. Las descripciones son tan vigorosas, intensas y coloridas que se diría que convocan al lector, en vivo y en directo, a las justas que libraron Quiñones y otros muchos caballeros en territorio leonés y en época de Juan II (julio-agosto de 1434).

Último rey godo

Rivas aún rizaría el rizo en su dominio de la octava real cuando compuso (en Malta y en 1826) otro largo poema, *Florenda*, consagrado a la hija del Conde Don Julián, más conocida por su *nickname* de La Cava, que tanto tuvo que ver con la legendaria explicación de la pérdida de España en tiempos de Rodrigo, el último rey godo. Les recomiendo ambos poemas si quieren escuchar el castellano en su expresión poética más alta y en su más exquisita modulación.

Pues bien, el hecho es que el catedrático Diego Martínez Torrón, de quien ya comenté en su día en ABC Cultural su edición de la poesía completa

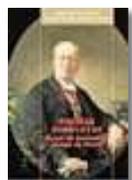
FUE UNO DE LOS MÁS GRANDES, SI NO EL MÁXIMO, VERSIFICADOR DE NUESTRAS LETRAS ROMÁNTICAS

de Espronceda en la «Biblioteca Áurea» de Cátedra, ha reunido en un volumen toda la obra lírica de Rivas, minuciosamente extraída de las ediciones princi-

pes y cotejada con todas las ediciones posteriores. Las 120 primeras páginas del tomo constituyen una introducción, de gran calado filológico y hermenéutico, a la persona y a la obra del Duque de Rivas. En ella, Martínez Torrón aborda por lo menudo las distintas facetas del personaje, incluyendo los aspectos biográficos —muy atractivos en su caso—, pero concediendo una lógica y especial importancia a su producción poética, que es la que luego se ofrece íntegramente en las 500 páginas restantes del libro.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

POESÍAS COMPLETAS ÁNGEL DE SAAVEDRA,



DUQUE DE RIVAS
Ed. de Diego Martínez Torrón
Alfar, 2013
23 euros
★★★★



GRACIAS POR EL DINERO, SCOTT

Un matrimonio en las nubes: Scott Fitzgerald y Zelda Sayre. Una hija de la que apenas se hacen responsables: Scottie. Relaciones a la sombra de la literatura que dos epistolarios desvelan

La nueva adaptación cinematográfica de *El gran Gatsby* ha traído consigo nuevas publicaciones en torno a la figura de su autor, Francis Scott Fitzgerald (1896-1940). Destaquemos dos relacionadas con su propia biografía y que sin duda ayudan a iluminarla hasta extremos conmovedores. En primer lugar, la correspondencia conyugal mantenida por el escritor con su esposa, Zelda Sayre, una obra parcialmente publicada en la colección «El espejo de tinta» (Grijalbo Mondadori) en 1994 con el título *F. Scott y Zelda Fitzgerald: cartas de amor y guerra (1919-1940)*. En 2003 Lumen publicó una nueva edición, de Jackson R. Bryer y Cathy W.

Barks, mucho más completa (*Querido Scott, querida Zelda*), contando con una nueva traducción de Ramón Vilà Vernis.

Convidado de piedra

Me parece incomprensible que la reimpresión que se ha hecho ahora del volumen cite escrupulosamente todas las ediciones en lengua inglesa de dicha correspondencia y no mencione las traducciones vertidas al castellano, sugiriendo la novedad de una obra que ha estado, de algún modo, en las librerías españolas desde 1994. Dicho esto, el libro que reseñamos tiene un interés más que notable. Confieso que al empezar a leer las cartas de noviazgo de Zelda Sayre a Scott Fitzgerald, en torno a 1919, sentí un inmenso

fastidio. Las correspondencias amorosas son fatigosas de leer: consiguen que el lector se sienta como un invitado extraño a la fiesta que se celebra sin contar con él.

Pero seguí leyendo y pensé que no conseguiría sobreponerme a la frivolidad de aquella joven sureña, hiperfemenina, que conquistó el corazón atribulado de Scott Fitzgerald. Zelda, con 19 años, da la impresión de vivir en una nube de estúpido y empalagoso romanticismo, donde no hay mayor catástrofe que tener que cambiar de perfume. Su deseo de conocer Italia porque, en su opinión, debe de ser tan amarilla como los *sweaters* que lleva su querido Scott, supuso un trance difícil. Pero seguí leyendo.

KUNDERA, LA RISA DEL DIABLO

El libro de la risa y el olvido, ahora reeditado, se encuentra entre lo mejor de la bibliografía de uno de los más grandes escritores de nuestra época: el checo Milan Kundera, autor de novelas como *La vida está en otra parte* y *La insoportable levedad del ser*, volúmenes de relatos como *El libro de los amores ridículos*, obras de teatro como *Jacques y su amo: homenaje a Denis Diderot* y ensayos, que ya son todo un clásico, como *El arte de la novela*. Nacido en 1929 en Brno, capital de Moravia, Kundera abandonó su patria en 1975, instalándose en Francia. A partir de los años 90 pasó a escribir en francés.

Presentada por el propio autor como una novela «en forma de variaciones», a imitación de las variaciones musicales, *El libro de la risa y el olvido* es «un viaje que conduce hacia el interior de un tema, una idea, una sola y única situación». Escrito en 1978, ya en el exilio, se asemeja a un contenedor que aúna muchos géneros. En sus siete capítulos se dan cita el relato de ficción sobre la negra noche de la represión comunista, el ensayo, el texto filosófico, la crónica histórica, la radiografía de una ciudad –Praga–, la reflexión sobre la sensualidad y el deseo, la autobiografía (de joven comunista a disidente perseguido), y la emotiva confesión de culpas retrospectivas.

Memoria y olvido

La culpa central no tiene que ver con la política, sino que hace alusión a la muerte de su padre, el prestigioso musicólogo y compositor Ludvík Kundera: «No podía perdonarme haberle preguntado tan poco, saber tan poco de él... No hay nada más insoportable que dejar pasar de largo al hombre que hemos amado».

Pero, sobre todo, además de su querida Praga o de la invasión de su país por los soviéticos en 1968, en estas páginas, como bien se anuncia en el título, está el hecho fantasmagórico del olvido, la anulación de todo lo vivido hasta convertirse en algo irreconocible o que nunca ha existido. «La lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido», leemos.

Por un lado, está el olvido

de un personaje, Tamina, sobre el que giran las otras variaciones («las demás historias son una variación de su historia»). Tamina, viuda de un disidente checo perseguido por la policía con quien un día emprendió el exilio, trabaja como camarera en un bar «de una pequeña ciudad de Occidente» y no se perdona ir perdiendo poco a poco a su amado marido, así como un pasado que les unió y que hablaba de ellos. Ahora, como solución, solo piensa en recuperar como sea, ya que no puede regresar, unos diarios de aquellos años en Praga.

Contra las naciones

Junto a esas pérdidas de memoria individuales, están los olvidos perfectamente «organizados», una especialidad de las dictaduras, como asegura un amigo del narrador, expulsado de la Universidad como otros cientos de investigadores y profesores: «Para liquidar a las naciones –dice– lo primero que se hace es quitarles la memoria. Se destruyen

sus libros, su cultura, su historia. Y luego viene alguien y les escribe otros libros, les da otra cultura y les inventa otra historia». Por no hablar de los olvidos de una ciudad entera, como la Praga de Kafka, una localidad «sin memoria, que se ha olvidado incluso de su propio nombre».

Y, por fin, la risa. ¿Qué sucede con ella? La risa, esa risa auténtica no contaminada por la falsedad de muecas artificiales, contrariamente a lo que muchos pensarían, para Kundera no es la risa de los ángeles («con su impostura semántica, con su mundo tan sabiamente ordenado, cargado de sentido»), sino la risa del diablo. Esa que indica «lo absurdo de las cosas».

MERCEDES MONMANY

EL LIBRO DE LA RISA Y EL OLVIDO MILAN KUNDERA

Trad. de Fernando de Valenzuela Tusquets, 2013
18 euros
★★★★★

Leonardo DiCaprio en una escena de «El gran Gatsby» (Baz Luhrmann, 2013)



La correspondencia conyugal reaparece diez años después, en 1930, cuando Zelda ingresa por primera vez en una clínica mental, y sus vidas se separan. Nunca volvería a recuperarlo del todo, aunque mejoraría lo suficiente como para abandonar temporalmente las diferentes instituciones psiquiátricas en las que residió. La pareja entra entonces en una nueva y dura fase de supervivencia que se prolonga hasta la muerte del escritor, a los 44 años, de un ataque al corazón.

Vivir al límite

Al morir, Fitzgerald era un hombre exhausto y frágil (se fractura dos dedos de una mano escribiendo a máquina) que había vivido al límite de sus fuerzas. En todo caso, el tono de las cartas cruzadas entre ellos cambia por completo a partir de 1930. Aquellos dos seres diamantinos, que parecían en perpetuo estado de gracia, cuentan con una hija, Scottie, de la que apenas se hacen responsables. Sus cartas experimentan una madurez prodigiosa. Zelda se esforzará por mantener vivo el profundo (y

rentable) amor que Scott siente por ella, buscando su propia salvación en el misticismo judío, la pintura, las puestas de sol y, sobre todo, en disponer siempre de unos cuantos dólares para ir de compras.

Sus cartas a Scott empiezan siempre con la misma frase, «gracias por el dinero». El lado más trágico de la correspondencia le pertenece a Fitzgerald, profundamente infeliz, agobiado por el alcoholismo, la tuberculosis, la artritis, la avitaminosis, el insomnio, las facturas y, sobre todo, la pérdida de su toque para la escritura. Pero decidido a sacar adelante a sus dos mujeres, madre e hija, que dependían de él y de sus giros semanales.

Árbol de Navidad

En este contexto, leer las cartas que el escritor dirige a su hija, inéditas en castellano hasta ahora (estas sí), constituye un complemento imprescindible. Es la misma voz preocupada, protectora, capaz de inquietarse hasta la angustia por sí a su hija y a Zelda les falta un abrigo, por si tendrán árbol de Navidad o necesitan un cambio de aires.

La convicción moral de Fitzgerald –reflejada en toda su obra– de que a un luminoso y temprano despertar le sigue, en la vida, una larga decadencia y caída le haría especialmente sensible a la juventud de su hija, aunque ella no fuera nunca como su padre la soñó (y de subrayar eso se encarga Scottie, en el franco e inteligente prólogo que abre las *Cartas a mi hija*). Está claro que había que seguir leyendo y llegar a la carta que escribe a Zelda en otoño de 1939. Una vez esfumado el espejismo, a Fitzgerald no le quedó más que la verdad.

ANNA CABALLÉ

QUERIDO SCOTT, QUERIDA ZELDA FRANCIS Y ZELDA SCOTT FITZGERALD

Trad. Ramón Vilà Vernis
Lumen, 2013
29,50 euros
★★★★★



CARTAS A MI HIJA FRANCIS SCOTT FITZGERALD

Trad. de Albert Fuentes
Alpha Decay, 2013
19,90 euros
★★★★★



El autor de «El gran Gatsby» y Zelda se casaron en 1920. Su correspondencia abarca desde 1919 hasta la muerte de él, en 1940. Arriba, la pareja con Scottie, que protagoniza «Cartas a mi hija»

Junto a las «encantadoras» cartas de Zelda, Scott parece un joven dispuesto a ir al grano: por lo general se comunica con ella por telegrama y sus objetivos son diáfanos: escribir, triunfar y casarse con Zelda. Tres objetivos que conseguiría en un tiempo récord. Cuando se casaron (1920) el mundo se rindió a sus pies, aunque ellos tomaran como realidad lo que tan solo era un espejismo.

